

AL MARGEN DE LOS CAMINOS

OTRA EXCURSION EN EL «DINGBAT OF ARCADY»

POR MARGUERITE WILKINSON

(Tomado de INTER-AMERICA, edición de enero 1922.)

CUANDO Jim y yo salimos de excursión, preferimos siempre no determinar de antemano el punto adónde hemos de dirigirnos ni la duración exacta de nuestro viaje. Un itinerario fijo es tan molesto como el exceso de equipaje. El seguirlo en todas sus partes nos privaría de muchos ratos de agradable solaz que encontramos inesperadamente al extraviar nuestro camino. Por consiguiente, dejamos los planes en casa junto con nuestras mejores prendas de vestir. ¡Tan vanos nos resultan los unos como las otras!

Uno de los mayores goces del viaje consiste precisamente en la ignorancia total acerca de las personas a quienes vamos a conocer, y de la forma en que ocurrirá este conocimiento. Entablar nuevas relaciones es una aventura insípida cuando nos sabemos de memoria todo aquello que les concierne. Pero si se trata de adivinar la psicología de un ser humano por la manera de llevar la cabeza, el brillo de los ojos, la altura de los pómulos, los ademanes, entonces el asunto adquiere un interés palpitante. Provistos de cartas de presentación quizá tendremos oportunidad de conocer a Mr. y Mrs. John Brown o a Mr. y Mrs. Jones Smith. Sin ellas, podemos tropezar con un Sócrates en alguna tienda de surtido general en el cruce de dos caminos, con un «Le Penseur» en cualquier colina solitaria, o con Tersites y San Francisco recorriendo lado a lado alguna polvorienta carretera. Y aun podemos tener la buena suerte de sorprender a algún Confucio explicando a sus discípulos los elementos de «la poesía, la historia y la perfecta cortesía».

Gozamos la satisfacción ingenua y compleja de explorar el corazón y la mente de nuestros semejantes. Personas que, a juicio de su círculo y de sí mismas, poseen caracteres del todo comunes, resplandecen ante nuestros ojos con aquella luz famosa antes aun de que se inventaran las bujías: el antiguo destello del romance. Nuestra fantasía las adorna del penacho de los caballeros, la birreta de los trasgos, la aureola de los santos o las guirnalda de los adoradores del deleite, sin que echemos de ver siquiera que tan sólo visten sarga o indiana. Y en ocasiones esa luz refleja también sobre nosotros, que, salvo en nuestros raptos de exaltación, nos consideramos absolutamente triviales. ¿Qué impresión puede

haber más deliciosa para una pareja bastante próxima ya a la edad mediana?

Una vez, regresando de un viaje al Delaware Water Gap en nuestro viejo y maltrecho Frankie Ford, nos fué dado sentir la irradiación de este encanto sobre nosotros. El camino era polvoriento. Grandes remolinos de polvo nos envolvían a su paso a través de la sofocante atmósfera, cegando nuestros ojos y llenándonos de arena el cabello. En cuanto a Frankie, era tan espesa la capa gris que le cubría, que sólo un vidente podría haber atinado con su verdadero color. Jim había disminuído la velocidad hasta diez millas por hora, y rodábamos lentamente por una pequeña ciudad en busca de un lugar apropiado para detenernos y preparar la cena. Delante de nosotros, hasta donde alcanzaba la vista, cubría la carretera un polvo denso y tan gris como la misma muerte. Detenernos allí para comer habría sido desafiar todas las reglas de la higiene y de la estética. Miré ansiosamente en torno.

De pronto descubrí a un lado del camino una casa color de herrumbre, de estilo antiguo y aspecto-hospitalario. Un espeso seto cercaba un prado donde funcionaba una manguera. En el abierto pórtico, sentado en una silla inclinada contra la pared, había un caballero anciano, vistiendo un descolorido traje negro. Sus colgantes piernas no llegaban al suelo. Tenía la cabeza hundida sobre el pecho. Por el momento apenas me fijé en él, sin embargo, porque mi atención estaba concentrada en el pequeño prado (¡cuán bien se estaría allí!) y en la manguera (¡qué agradable sería recibir su fresca rociada!). Abandoné el Frankie, diciendo a Jim:

—Voy a pedir permiso al viejo caballero para que nos deje comer en su prado.

Nunca habíamos solicitado antes favor semejante. Habíamos preparado nuestras comidas en campos de heno o en plantíos de árboles frutales, pero nunca en prados contiguos a la morada. Me apresuré a acercarme, temiendo perder el valor:

—Dispense usted, caballero. Hemos viajado todo el día y estamos fatigados. El camino está lleno de polvo. ¿Nos permitiría usted cenar en su prado?

La silla se enderezó, y el anciano quedó mirándome. Su mente, extra-

viada en las asombrosas regiones desconocidas a la juventud, adonde se trasladan los viejos en solitaria contemplación, volvió a la realidad. Me miró de hito en hito, y sus ojos brillaron con regocijo benévolo. Levantóse.

—Con mucho gusto,—dijo,—pasen ustedes adelante, pasen adelante.

Llamé por señas a Jim, quien hizo girar a Frankie, deteniéndolo junto a la cerca. El viejo caballero se dirigió apresuradamente a saludarle. Mostrábase ahora ágil y alerta, y parpadeaba hablando con vivacidad.

—Acampando al aire libre, ¿eh? Bien; eso es magnífico. Nada mejor que las excursiones a campo raso. ¿Tienen ya lista la cena?

—Tenemos pan y manteca,—dije;—pero si usted nos permite encender el hornillo de gasoleno en su prado... tendremos mucho cuidado de no maltratar el césped... podríamos preparar un biftec con cebollas.

—¡Biftec con cebollas! ¡Precisamente la cosa! Nada mejor que el biftec con cebollas. Si no hubiera cenado, les pediría a ustedes que me invitaran, camaradas.

Estaba tan excitado como si fuera el dueño de la fiesta.

—¡Hijita!—llamó por una de las ventanas de la parte posterior de la casa.—¡Hijita! Has pasar a estos señores para que puedan lavarse en la bomba.

Con la cara ya limpia y los ojos libres de polvo, nos instalamos en el fresco prado. Encendimos el hornillo, y puse al fuego una cazuela con la carne y las cebollas. El viejo caballero se paseaba en torno nuestro, fumando su pipa, hablando con volubilidad entre bocanada y bocanada, y encantado al parecer con sus extraños e inesperados huéspedes. Nos dijo que cuando joven acostumbraba también hacer excursiones a campo raso; pero que ahora se había establecido en casa, en el hogar, para experimentar aquello que David Morton llama la «vida sedentaria».—Si a mi mujer le gustaran los viajes, habríamos podido continuar,—decía. Esto mismo dicen muchos hombres cuando conversamos de nuestras aventuras. Y las mujeres, encadenadas al hogar, murmuran con aire pensativo:—Si no fuera por los niños...

Mientras cenábamos se detuvo al otro lado del seto uno de los viejos camaradas de nuestro huésped.

—¿Estamos de picnic, Joe?

El viejo se adelantó presuroso a explicarle el caso, con cierto aire de Bárnun, hay que convenir. Le hizo una gran historia.

—Estos señores han viajado así por todo el mundo,—dijo,—y son famosos excursionistas.

Cuando llegó el momento de empaquetar nuestros utensilios y depositar-